

## Concurso relatos breves “Mariluz Fernández” (2016)

### 2º premio (Categoría Junior)

#### **“EL ROUTER”**

*Lucas Alonso Flores*

*(3º ESO IES El Escorial)*

Era medianoche. Los sonidos de los armarios provenientes de la habitación de mis padres ya no se escuchaban; tan solo quedaba esperar, esperar a que entrasen en un profundo y reponedor sueño. Como el resto de las noches del fin de semana, mis padres solían ver una película en la tele mientras mi hermano y yo chateábamos hasta altas horas de la madrugada. Lo cierto es que yo solía hablar con la chica por la cual me sentía atraído, cosa que producía en mi un insaciable deseo de mantenerme el mayor tiempo posible en contacto con ella, generalmente hasta que se acostaba. El único inconveniente, era que mi padre apagaba el *router* todas las noches. Él intentaba engañar nuestras jóvenes e inocentes mentes contándonos que las ondas producidas por el aparato eran cancerígenas y tan sólo nos perjudicarían mientras dormíamos, pero como ya he dicho, sólo lo intentaba. La cruda realidad es que si teníamos internet durante la noche, nos despertaríamos al día siguiente con los ojos rojos y deambulando por la casa arrastrando los pies por las frías baldosas de barro cocido. Después de 20 eternos minutos, pude alcanzar a escuchar los ronquidos de mi padre. Ya estaban dormidos. Fue el momento en el que me levanté para abrir la puerta cuando escuché algo a mis espaldas:

-¿Vas a encenderlo?- Era Carlos, mi hermano mayor. Por lo visto él también debió de estar hablando con alguien importante. No se me ocurría otra razón por la que quisiera usar internet, o al menos no entonces.

-Si, pero si lo vas a usar lo apagas tú ¿vale?- dije en voz baja. Carlos respondió asintiendo con la cabeza de forma acelerada.

Ya estaba preparado, llevaba más de 30 minutos sin hablar con Lucía, la chica que me gustaba, y a pesar de que ella sabía que me apagaban el WiFi, no quería hacerla esperar, quizá ya se había ido a la cama y todo lo que estaba haciendo era en vano. Intentando que ese pensamiento se esfumase del todo y saliese de mi cabeza, apoyé mi mano sobre el pomo de la puerta. Pude notar como el frío la recorría mientras lo agarraba con firmeza. Procuraba apurarme ya que, si no era rápido. Lucía quedaría dormida. Pero esto, este tipo de operaciones requerían tiempo; no podía permitirme ningún fallo. Al

más mínimo error todo se iría al garete. Ahora mismo me adentraba en un mundo nuevo a la vez que salía del mío. Ya empezaba. Estaba listo.

Empecé a hacer fuerza hacia debajo de la forma más fina y delicada que pude. Nada retenía ahora el marco del resto de la puerta. Iba a abrirla. Cautelosamente tiré de la blanca placa de madera y dejé abierta una ranura lo suficientemente grande como para que cupiese en ella mi esbelta figura. Una sensación agrídulce recorrió por completo mi cuerpo. Era luna llena. Ciertamente es que con tal cantidad de resplandeciente fulgor lunar entrando por el vasto ventanal de la sala de estar, sería del todo imposible tropezar con algo y que mis padres me escuchasen, pero si tan solo uno de ellos estaba despierto, divisarían con gran claridad cada una de las curvas de mi cuerpo con el efecto contraluz que se producía. Aún estaba dentro de mi cuarto. Me quité los zuecos de andar por casa para así no hacer ningún ruido.

Me agaché cuidadosamente para acabar tumbado boca abajo en el suelo, me deslizaría poco a poco por el pasillo para llegar al despacho, allí encendería el *router*, donde ya no podían verme. Era un plan perfecto, nada podía salir mal. El suelo dejó completamente helados todos y cada uno de los músculos entre mi pecho y mis finas, e incluso huesudas rodillas. Pero a quien le importaba, por fin tendría internet, megas ilimitadas y a una velocidad vertiginosa. Sin duda, el premio valía la pena. Apoyando las palmas de mis manos una baldosa por delante de mi cabeza, me impulsé hacia delante de forma que ni yo mismo pudiese escuchar el sonido que hacía. Fue en ese preciso instante cuando escuché un ruido en la cocina, un sudor frío descendió por mi nuca lenta y pausadamente. No era la primera vez que escuchaba cosas en la cocina, de hecho, era común. Allí era donde estaban muchos de los electrodomésticos de la casa, y por lo general, mis padres dejaban la lavadora o el lavaplatos encendido durante la noche. Aun así, me quedé inmóvil, puede que incluso 1 o 2 minutos. Cuando me aseguré de que ya no se escuchaba nada, retomé de nuevo el camino y continué deslizándome por el suelo de mi casa. Me había levantado ya para encender el *router* en ocasiones anteriores, pero esta vez en especial, me estaba resultado realmente larga y complicada. La verdad, era sorprendente la cantidad de maniobras y movimientos que realizaba tan solo para encender un interruptor. ¿Estaba enganchado? Puede. Pero sinceramente, en esos momentos me importaba tan poco como el dolor que empezaba a sentir en los músculos. El tiempo apremiaba, de forma que volví a reptar nuevamente por el suelo. Comenzaba a plantearme si todo lo que hacía valdría la pena. Así que sin pensármelo dos veces, me puse a gatear por el pasillo hasta que no pudiesen verme. Giré a la derecha cuando este acababa. Dos blancas columnas retenían la luz entrante de la inmensa cristalera, la misma que me había sido tan útil hacía sólo unos segundos. Ahora tendría que asegurarme de ir con los ojos bien abiertos, a pesar de que fuese inútil. Me incorporé en medio de mi lúgubre casa. Ahora todo era oscuro, las sombras inundaron por completo la vivienda. Reinaba el silencio. Mis oídos no percibían ruidos de ningún tipo, ni los sonidos raros en la cocina, ni tampoco los ronquidos de mi padre. Súbitamente, sentí como algo exhalaba aire ardiente en mi cuello, sudando, volteé mi cabeza con el corazón latiendo como nunca antes había latido. Nada, no llegué a ver nada que no

hubiese visto mientras me dirigía a donde entonces me hallaba, el despacho de mi padre. La umbría habitaba en aquel cuarto, y la falta de ruido era intimidante, y además, una gran razón para amedrentarse.

-Vamos Alex, ya casi estás- dije en voz baja para mis adentros.

Como si de una película se tratase, un rayo refulgente alcanzaba a la tan preciada fábrica de megas. Pude distinguir el perfil de esta gracias al cromado marco que tenía. Era cuando tenía el índice en el interruptor que encendía el aparato cuando, de nuevo, escuché algo en la cocina. Y no, esto no era ningún electrodoméstico. Probablemente no lo había sido en todo este tiempo. Retiré el dedo y con cautela, salí del despacho y me dirigí al lugar del que provenían aquellos extraños ruidos. Ya sé que nadie en su sano juicio haría lo que yo me disponía a hacer y, ciertamente, no sé si fue el coraje, la curiosidad, o la estupidez lo que me empujó a hacer lo que ahora veo como una mayúscula bobada en su totalidad.

Al llegar a la puerta de la cocina, sólo me hizo falta tirar de ella, ya que estaba abierta. Fue la lentitud con la que lo hice la que provocó un sonoro crujido que produjo en mí, no solo una mueca en la cara, sino también una parálisis en mi cuerpo. Los sonidos en los que no te percatabas por el día, se escuchaban de forma atronadora por la noche. Después de realizar la difícil tarea de abrir una puerta, me adentré en la que probablemente era mi sala favorita, ya que a pesar de ser enjuto, tragaba cuantiosas cantidades de comida. Tanto es así que una tentación de abrir el portón de la nevera y coger algo recorrió mi cuerpo, no obstante, no duró mucho, ya que la situación me tenía del todo atemorizado. Eché un vistazo a la lavadora, y para mi horror estaba apagada. A pesar de no escuchar nada, fue el pánico el que me hizo mirar al lavaplatos y comprobar que también estaba apagado. Pensé nuevamente en irme a la cama y olvidar lo ocurrido, pero no, no había hecho todo esto para nada. Con decisión crucé la puerta que anteriormente había dejado abierta, y me volví a adentrar en el despacho de mi padre. La agilidad con la que ahora esquivaba los objetos que se interponían entre el *router* y yo era sorprendente, ni siquiera sabía que podía ser tan hábil. Presioné con cuidado el interruptor de forma que no se escuchase nada, y cuando la luz roja parpadeaba en el *router*, me dí cuenta de algo que había intentado no asumir desde el principio. Estaba peligrosamente enganchado, necesitaba internet, y nada podría impedirme encender el artilugio que tanto me atraía. ¿Nada? Quizá los pasos que provenían de la cocina sin preocupación alguna de hacer ruido si lo harían. Pensé de3 la forma más rápida que pude y me escondí bajo la mesa, no sabía que hacer: ¿Gritar y que mis padres se percatasen de que me había levantado a encender el WiFi, o quizá era mejor quedarme inmóvil donde me hallaba y esperar a ver quién se encontraba en casa?, porque de eso ya no me cabía ninguna duda, había alguien en casa. A pesar de que mientras escribo esta angustiante situación pienso que la primera opción habría sido la más astuta, me decanté por la segunda. Apagué de nuevo el WiFi para que aquello que se acercaba aceleradamente no sospechase que estaba allí. Después de esto, me escondí nuevamente bajo la mesa en la que mi padre tenía sus bártulos y esperé con un sudor frío en mi frente. Escuché la luz del despacho encenderse, estaba muerto de miedo, y pensé que

me desmayaba cuando los pasos ahora que venían en un principio de la cocina se hacían más sonoros y se acercaban a mí. Estaba petrificado y con los ojos cerrados fuertemente cuando una voz femenina dijo:

-¿Se puede saber qué haces?- dijo mi madre con los carrillos llenos de comida.

FIN

Basado en hechos reales.